



Solemnidad del Corpus Cristi 2011

La Solemnidad del Corpus Christi nos introduce en el profundo significado de la Eucaristía, perpetuación sacramental del sacrificio redentor de Cristo en la Cruz y presencia real permanente de su Cuerpo y Sangre, Pan de Vida y bebida de salvación.

Al instituir el sacramento de la Eucaristía, Jesús anticipa el sacrificio de la cruz y la victoria de la resurrección. La Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo; en ella se manifiesta *el amor más grande*, que impulsa a *dar la vida por los propios amigos* (cf. Jn 15,13); a éstos Jesús *los amó hasta el extremo* (Jn 13,1). Con esta última expresión introduce el Evangelio de Juan el gesto de infinita humildad de Jesús: antes de morir por nosotros en la cruz, ciñéndose una toalla, lava los pies de sus discípulos. Del mismo modo, en el sacramento eucarístico Jesús sigue amándonos hasta el extremo, hasta el don de su cuerpo y su sangre. Así se manifiesta desde el origen la unión inseparable entre la eucaristía y el servicio de los hermanos por amor.

Con el mandato “*Haced esto en conmemoración mía*” (cf Lc 22, 19; 1 Co 11, 25), el Señor nos pide corresponder a su don y expresa la voluntad de que su Iglesia, nacida de su sacrificio, acoja este don y lo haga presente en el sacramento. Por la eficacia de su voluntad divina, el pan que vemos sobre el altar, santificado por la palabra y el Espíritu de Dios, es el cuerpo de Cristo. Y de igual manera lo que contiene el cáliz es la sangre de Cristo. Por medio de estas cosas quiso el Señor dejarnos su cuerpo y sangre, que derramó para la remisión de nuestros pecados. Si los recibimos dignamente, somos eso mismo que recibimos. Por la comunión del cuerpo de Cristo no sólo nos convertimos en cristianos, sino en Cristo mismo.

De esta forma, Jesús se manifiesta como el Pan de Vida, que el Padre eterno da a los hombres. En el pan y en el vino nos llega toda la vida divina y somos hechos verdaderos partícipes de la intimidad del Dios amor. La Eucaristía es el alimento de la verdad y nos guía a la *verdad del amor*, que es la esencia misma de Dios. La conversión sustancial del pan y del vino en el cuerpo y en la sangre de Cristo introduce en la historia humana el principio de un cambio radical de la persona, cuyo término último será la transfiguración de la creación, a fin de que Dios sea todo para todos (cf 1 Co 15, 28). Así la Eucaristía es prenda de la gloria futura y de la vida eterna.

La Eucaristía es causa de la edificación de la Iglesia. Cristo mismo, en el sacrificio de la cruz, ha engendrado a la Iglesia como su esposa y su cuerpo. Los Padres de la Iglesia han meditado mucho sobre la relación entre el origen de Eva del costado de Adán mientras dormía (cf. Gn 2,21-23) y de la nueva Eva, la Iglesia, del costado abierto de Cristo, sumido en el sueño de la muerte: del costado traspasado, dice Juan, salió sangre y agua (cf. Jn 19,34), símbolo de los sacramentos. El contemplar *al que atravesaron* (Jn 19,37) nos lleva a considerar la relación entre el sacrificio de Cristo, la Eucaristía y la Iglesia. En efecto, la Iglesia vive de la Eucaristía. La Eucaristía es Cristo



que se nos entrega, edificándonos continuamente como su cuerpo. La Iglesia puede celebrar y adorar el misterio de Cristo en la Eucaristía porque el mismo Cristo se ha entregado antes a ella en el sacrificio de la Cruz. Cuanto más amor hay a la Eucaristía, mayor es el aprecio del sacramento de la reconciliación. La pérdida actual del sentido del pecado, y de la necesidad de estar en gracia de Dios para acercarse a la comunión eucarística, lleva siempre consigo una forma superficial y errónea de comprender el amor de Dios. Y cuanto más viva es la fe eucarística en el Pueblo de Dios, más profunda es su participación en la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos.

Las palabras de Jesús *“El que me come vivirá por mí”* (Jn 6,57) indican que la vida cristiana ha de tener forma eucarística, es decir, que el misterio creído y celebrado en la Eucaristía es principio de vida nueva en nosotros y configura nuestra existencia cristiana como vida en Cristo. Las palabras de la carta de San Pablo a los Romanos expresan cómo la Eucaristía transforma toda nuestra vida en culto espiritual agradable a Dios: *“Os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; este es vuestro culto razonable”* (Ro 12,1). La Eucaristía hace posible, día a día, la progresiva transfiguración del hombre, llamado a ser por gracia imagen del Hijo de Dios (cf. Rm 8,29 s.). Y los fieles cristianos necesitan una comprensión más profunda de las relaciones entre la Eucaristía y la vida cotidiana.

“El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6,51). Con estas palabras el Señor nos muestra la íntima compasión que Él tiene por cada persona. Los Evangelios nos narran muchas veces los sentimientos de Jesús por los hombres, de modo especial por los que sufren y los pecadores (cf. Mt 20,34; Mc 6,54; Lc 9,41). En la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano. Nace así, en torno al misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo, que consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino con el amor de Jesucristo. De ese modo reconozco en las personas que encuentro a hermanos por los que el Señor ha dado su vida, amándolos *hasta el extremo* (Jn 13,1). Ante la grave necesidad de muchas personas, en la actual situación de falta de trabajo, Cristo sigue mandando hoy a sus discípulos: *“dadles vosotros de comer”* (Mt 14,16). En verdad, la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, *pan partido para la vida del mundo*. El Día Nacional de Caridad, que lleva consigo la fiesta del Corpus, es una ocasión propicia para hacerlo realidad.

La costumbre de la celebración diaria o semanal de la Eucaristía no debe llevarnos a perder la admiración ante tan inefable misterio, ni menos todavía a que nuestro corazón deje de sentirse afectado y llamado a la intensa adoración del sacramento, que contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida. Cuando celebramos la Eucaristía el día del Corpus y adoramos el sacramento del Cuerpo de Cristo, en la procesión por las calles de Salamanca, debiéramos sentir la misma emoción, admiración y devoción que embargó el corazón de los apóstoles ante los gestos y palabras del Señor durante la Cena de Pascua.



Carlos López Hernández